

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1974

Precio: 150 Pesetas



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

RESERVADOS LOS DERECHOS

Deposito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL., — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL



2.^a ÉPOCA
AÑO 1974



TOMO LVII
NÚM. 176

SEVILLA, 1974

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1974

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE

Número 176

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MUÑO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.
APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
ARTICULOS	
GARNICA SILVA, Antonio.— <i>Blanco White en Cádiz</i>	1
ANTÓN SOLÉ, Pablo.— <i>Bibliotecas y bibliófilos gaditanos.</i>	41
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel.— <i>Notas sobre el coste de la vida y la alimentación en Marchena a fines de siglo.</i>	59
HERNÁNDEZ DÍAZ, José.— <i>Estudio iconográfico-artístico de la Virgen del Pino, patrona de Gran Canaria</i>	67
SANZ, M. ^a Jesús, y DABRIO, M. ^a Teresa.— <i>Inventarios artísticos sevillanos del siglo XVIII. Relación de obras artísticas</i>	89
MISCELANEA	
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. — <i>Dos documentos sobre la economía sevillana en el reinado de Felipe V</i>	151
HEREDIA HERRERA, Antonia.— <i>La pragmática de los "Tratamientos y Cortesías": fuente legal para el estudio de la Diplomática moderna</i>	155
LIBROS	
Temas sevillanos en la prensa local (mayo-agosto 1974).	
REAL DÍAZ, Isabel	165
Crítica de libros.	
ALVAREZ SANTALÓ, León Carlos: <i>La población de Sevilla en el primer tercio del siglo XIX.</i> —Antonio Domínguez Ortiz	173
CUENCA TORIBIO, José Manuel: <i>Estudios sobre la Sevilla liberal (1812-1814).</i> —Mariano Peset	174
HEREDIA MORENO, M. ^a del Carmen: <i>Estudio de los contratos de aprendizaje artístico en Sevilla a comienzos del siglo XVIII.</i> —Jorge Bernales Ballesteros	177
JAVIERRE, J. M.: <i>El arzobispo mendigo. Biografía de Marcelo Spinola.</i> —J. M. Cuenca	179
JAVIERRE, J. M.: <i>Sor Angela de la Cruz. Escritos íntimos.</i> J. M. Cuenca	179

BIBLIOTECAS Y BIBLIÓFILOS GADITANOS (*)

*Al Dr. Cortés Sabariego y señora, por
su amor a los libros y por haber sido
promotores de este esbozo.*

En este trabajo tratamos de recoger una serie de noticias históricas y de reflexiones sobre el origen y formación de las bibliotecas y sobre los bibliófilos gaditanos, para iniciar así la investigación sobre la imprenta y su producto, el libro, en Cádiz (1).

Hablar de bibliotecas y de bibliófilos gaditanos es adentrarse en el ámbito íntimo de la burguesía de Cádiz, que podía permitirse el lujo de formar colecciones del vehículo de cultura que es el libro, en la España del siglo XVIII. Pues la ciudad, entregada intensamente al comercio durante siglos como única o casi exclusiva actividad de sus moradores, no fue un centro famoso de cultura universitaria, excepto en Cirugía con su célebre Colegio, pero estuvo siempre abierta a todas las corrientes ideológicas por su contacto con Europa a través de su monopolio comercial con América.

El dominio de los idiomas, sobre todo del inglés, francés e italiano, y los viajes al extranjero de los gaditanos hicieron posible la formación de bibliotecas verdaderamente interesantes y que merecen nuestra atención.

(*) El texto casi íntegro de este trabajo fue objeto de una conferencia en la Cátedra Municipal de Cultura "Adolfo de Castro", del Ayuntamiento de Cádiz, el día 5 de mayo de 1973, con motivo del "Acto en Homenaje al Libro".

(1) Sobre las bibliotecas gaditanas no se ha realizado estudio por separado, aunque este aspecto se ha tocado accidentalmente en algunas obras de carácter más general, de las que citaremos más abajo, por su importancia, la de Ramón Solís y Alfonso de Arámburu. Son útiles para el conocimiento de la bibliografía y de la imprenta gaditanas los siguientes libros: CAMBIASO Y VERDES, NICOLÁS M.: *Memorias para la Biografía y para la Bibliografía de la Isla de Cádiz*, 2 tomos. Madrid, 1829-1830. León Amarita; PÉREZ, DIONISIO: *Las Cortes de Cádiz. Ensayo de la bibliografía gaditana*. Madrid, 1904. Mendizábal; RIAÑO DE LA IGLESIA, PEDRO: *Los Impresores. Reseña histórica de la Imprenta en Cádiz*. Madrid, 1916 (separata de la R. de Archivos, Bibliotecas y Museos).

Constituye un hecho muy significativo que las Cortes de Cádiz decretaran en 10 de noviembre de 1810 la libertad de imprenta, introduciéndola legalmente por primera vez en España y definiéndola así: "la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas es, no sólo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación en general, y el único camino para llegar al conocimiento de la verdadera opinión pública" (2).

Si, por un supuesto, se cometiese el atentado de lesa cultura humana de hacer desaparecer de pronto, en una irreparable hecatombe, todos los libros del mundo, trataríamos de salvar por todos los medios a nuestro alcance las obras siguientes, dado que se produjese el indulto de sólo tres libros:

A fuer de buen cristiano salvaría de la quema la SAGRADA BIBLIA.

Como español arrancaría del trance fatal EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, el libro más representativo del genio hispánico.

Y como gaditano, ¿qué obra elegiría entre las que tratan de Cádiz o escribieron sus hijos?

No conozco ciudad en España ni en el mundo que haya coronado un monumento con un libro, como ocurre en Cádiz. Todos conocen el monumento que se alza en la plaza de España como homenaje a las Cortes, las de Cádiz, que han hecho famosa mundialmente a nuestra ciudad. Pues bien, el Código de la Constitución de 1812, superada toda pasión y como testigo de los hechos históricos, sería el libro que salvaría para Cádiz, por ser el máximo exponente del espíritu liberal que identifica a los gaditanos y que sólo pudo escribirse en esta ciudad de la burguesía mercantil, heredera de una larga andadura histórica de la mano de las buenas relaciones humanas, que tantos horizontes de riquezas materiales y espirituales le abrieron a lo largo de su historia trimilenaria.

Ya Estrabón escribió: "Los antiguos andaluces fueron los más sabios de España; los gaditanos, los más cultos de los andaluces" (3).

(2) *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias desde su instalación en 24 de setiembre de 1810 hasta igual fecha de 1811.* Cádiz, Imprenta Real, 1811, p. 14.

(3) MOHEDANO: *Historia Literaria de España*, tomo IV, p. 6.

Mientras Cádiz fue emporio de riqueza, pudo mantener su fama de culta. Vinieron los siglos de las vacas flacas y se hundió casi en el olvido, del que no empezó a recuperarse hasta la reconquista alfonsina. El siglo XV trajo a Cádiz las rutas del Africa, de la que se convirtió en la puerta. Sin embargo, la buena estrella de Cristóbal Colón le abrió el temible, ignoto y tenebroso Océano, uniendo al Nuevo Mundo sus destinos para siempre, ya que, no en balde, la cruz de los vientos y de los continentes tiene su centro en Cádiz.

Poco a poco, como toda empresa que necesita hondos ciimientos, comenzó a despertar de su inercia. Con la riqueza, que la fortuna volcaba a manos llenas, llegó la cultura y vinieron los libros, su base insustituible.

¿Cuál era el ambiente en el Cádiz de nuestro primer historiador, Agustín de Horozco, a caballo entre los siglos XVI y XVII?

No cabe duda de que existían una cultura y una élite intelectual, que le sirvieron de marco y explican, con su aliento favorable, su obra historiográfica.

Se recuerda la permanencia en la ciudad, en el segundo tercio del siglo XVI, del gramático y erasmista Francisco de Támara ocupando la cátedra de Latinidad del Cabildo catedralicio; publicó algunas obras de su especialidad y varias traducciones castellanas de Erasmo de Rotterdam. Le sucedió en el cargo, años más tarde, el doctor Bartolomé Lozano de Quirós, que renunció después en favor de la Compañía de Jesús, cuando ésta fundó en Cádiz, en 1566, el Colegio de Santiago.

Los jesuitas se encargaron, desde entonces, de los estudios humanísticos, manteniéndolos, durante más de dos siglos, hasta su expulsión por Carlos III. Los diálogos representados y las fiestas literarias sirvieron de contrapunto, con su tono intelectual, a aquella sociedad gaditana, compuesta, en gran parte, de comerciantes y marineros.

Hay que incluir en este período los nombres de Martín Cortés, autor de un *Breve Tratado de la Esfera y Arte de navegar*, de Luis de Cardona, músico de la catedral gaditana y autor de la obra *Pronóstico a lo natural del año 1579*, de Cristóbal de Rojas, ingeniero y arquitecto militar de Felipe II, que preparaba sus grandes obras sobre fortificación y trazó los planos de la Catedral Vieja, único monumento renacentista de la ciudad de Hércules junto con el crucero de Santa María de Vandelvira, y

el nombre del P. Pedro de Abreu, escriturista y cronista del *Saqueo del Conde de Essex en 1596*.

La imprenta hace su aparición en Cádiz, después del desastre, con el *Manuale judicum*, de Bartolomé Rodrigo Calderón, impreso por Rodrigo Cabrera en 1598. Suárez de Salazar y el mencionado fray Pedro de Abreu publican en esta ciudad, bien entrado el siglo XVII, obras bien presentadas, mejor las del segundo. El doctor Diego Arias, médico y astrólogo, y Gabriel de Ayrolo Calar, capellán del Cabildo secular, distinguido poeta y amigo de Lope de Vega, escriben y publican también por aquellos años.

No debe quedar en el olvido el Colegio de San Bartolomé, fundado en 1592 por el, entonces, obispo Zapata, luego cardenal, para la formación, en las Humanidades, de los futuros sacerdotes de Cádiz y su diócesis. No tenemos noticia de los libros que constituirían, sin duda alguna, una parte importante del patrimonio intelectual del recién fundado colegio gaditano, si no colocados y custodiados en un local aparte, al menos puestos a disposición de los profesores y alumnos. De una regla general de las *Constituciones* de Zapata podemos deducir que los colegiales tenían, en aquella época primera, libros propios y pudo ocurrir no ser todos muy piadosos:

“Dentro de sus aposentos tengan piletas de agua bendita, cruz y las imágenes que pudieren y libros de devoción, y a ninguno se le permita tener los profanos o lacibos; y porque esto mejor se guarde, mandamos que ninguno tenga libros, si no estuvieren rubricados de mano del Rector” (4).

Dejemos por ahora el Seminario de San Bartolomé y hablemos del Colegio de la Compañía de Jesús. Los orígenes de su biblioteca, la más antigua conocida de Cádiz y existente hoy por su incorporación al mencionado centro diocesano, pueden remontarse a los años de la fundación: es lógico suponer el natural deseo del primer rector P. Diego López y del prefecto de estudios P. Ambrosio de Castilla de facilitar a los padres y maestros los libros necesarios para el estudio y la preparación de su doble actividad apostólica y docente.

Puede dar alguna luz, para el conocimiento del posible

(4) ZAPATA, ANTONIO DE: *Constituciones y Reglas del Colegio de San Bartolomé de la Ciudad de Cádiz*. Dadas en Cádiz a 31 de marzo de 1596 y publicadas por el obispo D. Maximiliano de Austria el 19 de julio de 1601.

bagaje bibliográfico de la nueva fundación, la carta del P. Martínez, misionero y protomártir jesuita de América, al General Francisco de Borja el 1 de julio de 1566. Estaba a punto de partir para La Florida, en la primera expedición de jesuitas al Nuevo Mundo. Esta expedición se había conseguido merced a la insistencia y prestigio de un gran amigo de la Compañía, el adelantado D. Pedro Menéndez de Avilés, fundador de San Agustín y otras ciudades, las más antiguas de los Estados Unidos, y amigo de los gaditanos, que le apoyaron grandemente en sus empresas, que, por cierto, se prepararon y salieron de Cádiz.

Decía así: "Aquí, en Cádiz, tiene [D. Pedro Menéndez de Avilés] un lugarteniente llamado Pedro del Castillo, que es un caballero de Cádiz, que en muchos renglones no podría decir lo que nos ama y lo que ha gastado, y la diligencia que ha puesto en este negocio... Vamos muy bien proveídos de libros, porque llevamos cerca de 100 ducados de ellos, que dio el señor Pedro del Castillo: Teólogos positivos y escolásticos, y contra herejes y contra gentes y contra judeos y contra sarracenos y sumas y los demás. Llevamos ornamentos muy cumplidos y todo lo necesario para la administración de los Santos sacramentos y conversión de la gentilidad" (5).

Todo lo cual nos da una idea aproximada de lo que pudo ser el núcleo primitivo de la biblioteca de la nueva fundación del Colegio de Cádiz, tan querida y apoyada por el mismo Pedro del Castillo, que no olvidaría esta necesidad.

En 1596 tenían ya los jesuitas una librería o biblioteca muy buena, según Pedro de Abreu, testigo presencial de los perjuicios y desmanes causados al Colegio de la Compañía por los ingleses del Conde de Essex, que saquearon y quemaron la ciudad aquel año: "Rompiéron y dehicieron la librería, que la tenían muy buena, quemándola y sembrándola hecha pedazos por toda la casa, templo y calles. Quemaron la sacristía después de haberla robado, y la pieza de la librería con los libros que quedaron" (6).

No todos los volúmenes fueron pasto de las llamas. Pues la comisión encargada de publicar los *Documentos inéditos de la Historia de Cádiz* nos dice, en unas notas al primero y único

(5) Carta del P. Martínez al General Francisco de Borja, en *Monumenta Historica Floridae*, Roma, Archivum S. J., documento 3, 1-VI-1566.

6. ABREU, PEDRO DE: *Historia del Saqueo de Cádiz por los Ingleses en 1596*. Cádiz, 1866, p. 136.

tomo publicado, que pudo averiguar que la Armada del Conde de Essex llevó un arca de libros impresos, cogidos en Cádiz al Colegio de los Jesuitas, y que, de éstos, 17 se encuentran hoy en la Biblioteca de la Catedral de Hereford. Y añade a continuación: "En la Bodleian Library de la Universidad de Oxford, donde se custodian los libros robados por dicha armada al obispo de Faro, D. Fernando Martín de Cascarenhas, y que sirvieron para avivir la enconada controversia religiosa, hay sólo un libro procedente de Cádiz, el Didacus Stella, *In Lucam enarrationes*, 1577, en 8." (7).

Pero los estragos causados por los ingleses en la biblioteca de la Compañía de Jesús se vieron compensados con creces por el legado de la librería, muy selecta y numerosa, del canónigo Juan Bta. Suárez de Salazar, gaditano insigne de compleja personalidad, bibliófilo eminente, que está siendo estudiado por el profesor del Colegio Universitario de Cádiz, don Manuel Ravina Martín.

Este jurista, latinista, sicólogo, anticuario e historiador de Cádiz tuvo, durante su vida, una gran pasión a los libros. Hasta su muerte estuvo en contacto con los libreros e impresores venecianos Pedro y Juan Turini, que le remitían a nuestra ciudad regularmente las novedades editoriales de Europa y las ediciones de viejo que pueden verse en la biblioteca del Seminario de San Bartolomé con su firma autógrafa.

Es curioso comprobar el sistema de pago que utilizaba a veces, siendo el más llamativo el envío, a cuenta, de algunas arrobas de grana, producto que entonces se beneficiaba en nuestra provincia. Y no falta el envío de un lote de libros para la venta en Cádiz por el canónigo.

Una carta de los Turini está llena de referencias a los sistemas y circunstancias del comercio de libros de la época y de consejos para la publicación de una obra que preparaba para su impresión el prebendado gaditano.

En las listas de los libros remitidos por los Turini aparecen raras ediciones de clásicos y de juristas, y ricas e ilustradas impresiones de anticuarios e historiadores de la época.

¿Cómo pasó la biblioteca de Suárez de Salazar al Colegio de la Compañía de Jesús en Cádiz? Otorgó su testamento el

(7) Ayuntamiento de Cádiz: *Documentos inéditos para la Historia de Cádiz*. Cádiz, Salvador Repeto, 1929, p. 6.

3 de octubre de 1644 y, por una cláusula del mismo, mandó toda su librería al Colegio; por vía de codicilo, que otorgó dicho día, pidió a los padres rectores y comunidad, y a su provincial que eran o fuesen, que, además de los sufragios que se hubieren de hacer por razón de la manda, en reconocimiento y recompensa de ella, enviaran por este obispado de Cádiz dos padres a misión, predicar y oír confesiones, y enseñar la doctrina cristiana todos los años, desde el día de su fallecimiento en adelante para siempre jamás, cumpliendo con andar un año la mitad de los lugares de la diócesis y luego, en el siguiente año, la otra mitad, de tal manera que cada dos años sucesivos se hubiere andado el obispado enteramente, haciendo la dicha misión conforme a su instituto. El padre rector Diego de Ribera aceptó la biblioteca con esta obligación, con licencia del provincial (8).

El obispo Don Fray Francisco Guerra, principal albacea del canónigo, entregó toda la librería al Colegio de la Compañía. De esta manera, los libros, tan buscados y acariciados por el historiador gaditano, sirvieron para un doble fin: uno espiritual, lanzando por obligación a recorrer la diócesis a los misioneros jesuitas; otro cultural, ya que la juventud de Cádiz, que pasó durante dos siglos por las aulas del Colegio de Santiago ocupando los bancos de leer, escribir y contar, los de Gramática, cátedras de Matemáticas y Náutica, y Filosofía y Teología, pudo aprovecharse de su acervo bibliográfico.

Esta biblioteca no se quedó anticuada, sino que fue incrementándose con nuevos fondos, los que fue exigiendo en Cádiz la firme tradición humanística establecida por los jesuitas, que se mantuvo viva después de su forzada salida y compartió el interés de los gaditanos por los idiomas, las Matemáticas, la Medicina y las Ciencias Naturales.

Una ciudad, como la nuestra, lanzada al comercio y la navegación, necesitaba buenos maestros y excelentes libros que instruyesen a sus hijos en las artes y ciencias que eran la base de su ocupación cotidiana y, así, en Cádiz, se produjo un pequeño renacimiento de las Matemáticas en el reinado de Carlos II con Omerique y sus amigos, merced al Colegio de la Compañía de Jesús de Cádiz y a la Universidad de Valencia.

Los ilustrados de Carlos III nos privaron de estos maestros

(8) *Papeles del canónigo Juan Bta. Suárez de Salazar, Sección Varios. Archivo Histórico Diocesano de Cádiz.*

en 1767. Pero el monarca, al que le debe España grandes reformas, sobre todo en la enseñanza, con amor paternal, muy propio del despotismo ilustrado, salvó la biblioteca, y por una R. O. de 1771, mandó que se estableciese en el palacio episcopal para instrucción de los diocesanos. Así pudo disponer la ciudad de Cádiz de una biblioteca pública, la primera de su historia, aunque las había buenas en los conventos de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo.

Su primer bibliotecario fue nombrado en 1775 por S. M.: el Dr. D. Manuel Cavello de Bilches, pbro. A su instancia, el subcolector del espolio y vacante del obispo Fr. Tomás del Valle se quejaba de los estragos causados en su primera instalación, en unos cuartos de la catedral vieja: "A mí me ha causado mucho sentimiento ver el daño que se experimenta y precisa remedio muy pronto para no perder una Biblioteca que es apreciable en el día por las muchas y buenas obras que comprehende, y que con un regular celo de los Prelados podrá ser de las buenas del Reyno y más útil que otras en esta Ciudad, pues no hay alguna pública en ella ni tan copiosa".

El bibliotecario hizo inventario de los fondos existentes a su toma de posesión, y después de varios forcejeos con los cabildos civil y eclesiástico, que pretendieron ciertos derechos, el 1 de julio de 1776 se hallaba la biblioteca instalada en las piezas preparadas al efecto en el palacio episcopal, quedando con bastante comodidad, desahogo y buena proporción. A 25.254 rs. y 2 mrs. llegó la cuenta de la reparación de estantes y su pintura, de las vidrieras para las ventanas, las llaves y el costo de la mudanza de sus fondos.

Se fijaron carteles indicadores del lugar y horas de apertura al público en algunos parajes concurridos. Se le agregaron los pocos libros que dejó al morir el obispo Valle, ya que su copiosa y selecta biblioteca la había donado a su convento de Málaga, a donde fue remitida en su día en 31 cajones.

El subcolector de espolios insistió varias veces que se aplicase alguna parte de los fondos que administraba, a la adquisición de obras nuevas, muy útiles para el público que concurría a ella, teniendo en cuenta el despojo que había practicado con R. O. José Carbonel, para el Colegio de Guardias Marinas, en las secciones de Filosofía, Matemáticas e Historia (9).

(9) *Oficios del Subcolector de Espolios y Vacantes de Cádiz al Colector General. Serie Espolios y Vacantes, Sección Varios. Archivo Histórico Diocesano de Cádiz.*

Ramón Solís nos ofrece, en su *Cádiz de las Cortes*, una descripción de las bibliotecas y eruditos gaditanos.

De la importancia que llegó a adquirir el libro aquí, durante los últimos años del siglo XVIII, nos da clara idea el hecho de que a comienzos del XIX hubiera en nuestra ciudad veinte librerías.

“Sabido es que el libro extranjero tuvo allí especialísima importancia y que a finales del setecientos hubo un gran movimiento editorial, que se incrementó durante las Cortes. No es raro, pues, que se formaran muchas y buenas bibliotecas entre los comerciantes cultos y aun entre las personas de más modesta condición”.

Y esto, a pesar de la escrupulosa pesquisa e inexorable incautación de libros prohibidos por los navíos, que visitaba el comisario gaditano del Santo Oficio de la Inquisición, asunto que ha estudiado minuciosamente Marcellin Defourneaux en su libro *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII^e siècle*.

Todos los conventos de religiosos, el Seminario de San Bartolomé, el Colegio de Cirugía y la Academia de Bellas Artes contaban con buenos libros de sus especialidades.

Las mejores bibliotecas fueron, sin duda, las particulares. El conde de Maule nos habla de la suya: ocupaba una gran sala de 10 varas, circuida de estantes de caoba, adornados de pilas-tras jónicas y armónicamente distribuidos; la ornaban además 33 retratos de personajes ilustres de la literatura, las ciencias y las artes. Presidía una medalla, en pórvido, del Creador. La biblioteca de D. Nicolás Cruz Bahamonde estaba especializada en Historia, Ciencias y Arte, y no faltaban en ella ni los manuscritos ni los grabados.

Sabemos, además, que D. José Manuel Vadillo, alcalde de Cádiz, vocal de la Junta Superior de la Provincia en 1812, diputado por dos veces y, más tarde, ministro de Ultramar, contaba con una biblioteca de más de 8.000 volúmenes, cuyos fondos pasaron, después, a la Biblioteca Provincial de Cádiz.

Eran también importantes las del comerciante gaditano Domecq y Víctor y la de Cavalleri.

Especialísima mención merece D. Nicolás Böhl de Faber, de quien sabemos que poseía una nutrida y selectísima colección de libros, de la que nos habla “Fernán Caballero” en una carta dirigida al erudito germano Julius el 28 de julio de 1861:

“Aquí —dice hablando de su padre—, dando rienda suelta a su natural inclinación, se dedicó a las letras españolas, amontonando tesoros literarios en su biblioteca, que tan afamada llegó a ser, y en su cabeza privilegiada...”.

Los hermanos Istúriz, por su parte, contaban también con una biblioteca bien provista en su casa de la plaza de San Antonio. Le Brun, que no los trata cariñosamente en su colección de *Retratos políticos de la revolución de España*, reconoce su cultura y, refiriéndose a D. Tomás, dice: “Tenía sus libritos franceses, sí señor, y no dejaba de leer algunos ratos; si no, no hubiera estado persuadido, como lo llegó a estar, de que era un sabio, ni en Cádiz se le hubiera creído tal sobre su palabra, como se le creyó, pues es ciudad donde el que más y el que menos sabe dónde le aprieta el zapato” (10).

Nuestra ciudad decae durante el siglo XIX en su importancia comercial, pero mantiene su prestigio en el orden político y cultural. Prueba de ello son los numerosos nombres de políticos ilustres, gaditanos de origen, y las activas sociedades e instituciones de afamado renombre, respaldadas siempre, porque disponen de muy buenas bibliotecas.

En 1884 había en Cádiz cuatro bibliotecas públicas. La del palacio episcopal, la de la Facultad de Medicina, la de la Sociedad Económica y la Provincial.

La del palacio episcopal se trasladó y se incorporó en 1889 a la del Seminario Consiliar de San Bartolomé, espléndidamente dotada por el gran obispo D. Vicente Calvo y Valero, a cuyas iniciativas se deben, entre otras obras, la total reconstrucción de este centro de formación sacerdotal, admiración de su tiempo y modelo en su género.

Todavía la biblioteca del Seminario, dotada de magníficas estanterías de caoba y cedro, con dos pisos e instalada en una amplísima sala, es el testimonio elocuente de la cultura de aquel prelado, que también donó a ella sus muchos libros.

No sería aventurado afirmar que la biblioteca del Seminario, hoy en período de rápida catalogación, es una de las más ricas en fondos bibliográficos y manuscritos de Cádiz y su provincia. Porque a ella se han ido incorporando, aparte de las bibliotecas mencionadas de la Compañía de Jesús, de

(10) SOLÍS, RAMÓN: *El Cádiz de las Cortes*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958, pp. 440-443.

Suárez de Salazar y Diocesana, la de Fr. Joaquín González de Terán, obispo de Albarracín, notable colaborador y rebuscador de libros para la Biblioteca Nacional en tiempos de Carlos IV; la del obispo Fr. Domingo de Silos Moreno, la del canónigo D. Matías Elejáburu, la del deán gaditano D. Francisco García y Camero, la del deán ceutí Mac-Crohon y Sardes, y las de los canónigos D. Ricardo Ibáñez y D. Calixto Paniagua.

En nuestros días han venido a enriquecerla tres legados muy importantes, que merecen el reconocimiento y la gratitud de las autoridades del Seminario y de los gaditanos, a quienes en definitiva están beneficiando:

La biblioteca del recordado P. Jesús Bravo Sobrado, cariñoso guardián de las tradiciones gaditanas y coleccionador de libros sobre la ciudad.

La biblioteca, muy buena y repleta de rarezas bibliográficas sobre Cádiz y su provincia, desde la edición espléndida hasta el más escondido y humilde artículo de revista o separata, imposible de adquirir hoy; nos referimos a la de aquel archivo viviente y memoria prodigiosa que fue D. Antonio María Puelles, que todos echamos de menos por sus anécdotas, gracejo y amabilidad.

Y la rica biblioteca de materias eclesiásticas, jurídicas y canónicas, sobre todo, del P. Francisco García Guerrero, que nos fue arrebatado inesperadamente durante la sede vacante última de la diócesis.

No podemos dejar de señalar el rico fondo de papeles sobre la Guerra de la Independencia y Cortes de Cádiz que logró reunir en los últimos años de su existencia el erudito, anticuario, naturalista, coleccionista de obras de arte de primer orden y gran comerciante gaditano que fue D. Pedro Alonso de O'Crouley, y que enriquece la sección de *Varios* de esta biblioteca eclesiástica. Y, además, la variadisima sección de *Temas Gaditanos* que con mucha ilusión estamos formando y se incrementan cada día con las novedades últimas.

La Biblioteca Provincial poseía en 1884 un crecido número de obras buenas de Historia, Filosofía, Ciencias, Derecho y otras materias diversas, con una sección de manuscritos, y de todos sus fondos existían catálogos generales y particulares. A esta biblioteca, formada con los libros procedentes de la desamortización eclesiástica, se incorporó, como indicamos anteriormente, la del ilustre gaditano D. José Manuel de Vadillo. En-

tonces constaba de 30.000 volúmenes y ocupaba el décimo lugar entre las bibliotecas públicas de España.

El profesor Estelrich nos describió sus reiterados traslados y el estado de sus fondos en varios artículos. Primero estuvo instalada en unas dependencias del antiguo noviciado del Convento de San Francisco, en el callejón del Tinte. Luego pasó al edificio del Consulado de Indias, de gloriosa memoria y de sentida nostalgia para Cádiz, en la casa número 1 de la calle del Correo. Unida a ella estuvo el Archivo del Consulado, arsenal inapreciable de la Historia gaditana, que a pesar de llevar unos setenta años trasladado y depositado en el Archivo General de Indias de Sevilla, todavía no ha sido puesto a disposición de los investigadores.

Cualquiera hubiera pensado que aquélla sería la sede definitiva de la Biblioteca Provincial. No fue así. De allí pasó al palacio que todos conocimos en la Avda. Ramón de Carranza, con la gran lápida marmórea que engaña al viajero y dice: "Biblioteca Pública Provincial". En la fachada le hace compañía la dedicada, en homenaje, al gran bibliógrafo y bibliófilo D. Marcelino Menéndez Pelayo, por los santanderinos, vinculados desde tantos siglos a Cádiz.

Alfonso de Arámburu, el escritor gaditano que mejor ha penetrado en la esencia de Cádiz, en su maravilloso y sugestivo libro *La Ciudad de Hércules* ha descrito el silencio de esta biblioteca y nos refiere la presencia, en 1916, de León Trotski, que estuvo consultando en ella la *Histoire de Revolution*, de Chatelet; *De la liberté des mers*, de Merhiac; *Cours d'histoire moderne*, de Guizot, y la *Castilla la Nueva*, de la Fuente.

"Treinta años después —dice— este caserón del siglo XVII está más destartado que antaño. Las paredes tienen largas y enormes hendiduras. El mármol de la escalera está desgastado. Las vigas muestran su podredumbre, las losetas, mal encajadas, provocan ruidos al pisarlas, como el chasquido del cristal al romperse. Las grietas del suelo se pierden bajo los muros. Un paragüero de hierro se aburre en un rincón. Hemos atravesado por un pasillo con estantes repletos de libros que se ven polvorientos tras las rejas de gallinero que los guardan. Libros viejos de pergamino, de colores amarillentos, quemados por el sol de anteriores bibliotecas, apolillados muchos de ellos, libros provenientes de antiguos conventos cuando la ley de desamortización. Libros grandes que no pueden abrirse, abarquilladas

las páginas que se caen al pasarlas, destruidas por la polilla muchas de ellas. Libros grandes que habrán estado abiertos en atriles de iglesias, de conventos y contemplados desde la sillería de los coros cuando la comunidad estuviera reunida. Estos libros nos evocan tantas cosas..." (11).

Y la sala grande cubierta de artesonado de maderas preciosas, adornadas sus paredes con los retratos de Vadillo, de Mancheño Olivares, erudito de Arcos de la Frontera, del deán D. Diego Liñán, etc.

¡Cuántos recuerdos de nuestras horas juveniles, pasadas en la Biblioteca Provincial con el conserje Trujillo, como única compañía! Horas largas, con música de barcos de lejanos países ante sus amplios pupitres. Y la figura inmaculada de su bibliotecario D. Rafael Pichardo y Oleary, de pajarita y guardapolvo amarillo entre los ficheros, uno más de los bibliófilos gaditanos que se fueron a la casa del Padre, cargado de años y de una larga tarea bibliográfica.

Pero esta casa grande y destartalada también se rindió, de puro vieja. Se planteó el problema del traslado de la biblioteca. ¿A dónde iría a parar esta vez?

Este enigma, hace años, se resolvió ya. Gracias a la generosidad del Sr. Presidente de la Diputación Provincial, D. Antonio Barbadillo, la Biblioteca Provincial se encuentra magníficamente instalada en los bajos del antiguo edificio de la Aduana, uno de los edificios más evocadores del pasado de Cádiz y el más adecuado para su ubicación. Es más. También hubo sitio para el Archivo Provincial de Protocolos, que merecía una máxima atención. La pericia de D.^a Ernestina Cazenave no olvidó tampoco ese toque último de relativa comodidad y funcionalismo que exigen nuestros tiempos, aunque, a decir verdad, nos bastaba poder manejar los viejos textos.

En 1884 existía también la Biblioteca del Cuerpo de Ingenieros, que poseía, además de libros, un valiosísimo fondo de documentos y de planos de las fortificaciones de Cádiz. Gracias al general Sr. García de Carellán y a su equipo del Aula Militar de Cultura, este acervo cultural, legado de la presencia al frente del Gobierno Militar de grandes personalidades, se encuentra

(11) ARÁMBURU, ALFONSO DE: *La Ciudad de Hércules*. Cádiz, Escelicer, 1945, pp. 117-134.

hoy perfectamente instalado y dispuesto para la consulta de los investigadores.

Entre las bibliotecas particulares existentes en Cádiz en el último cuarto del siglo pasado, aparecen la de D. Pedro Ibáñez-Pecheco, la del abogado D. José Zurita y Rubio, nieto y heredero de la biblioteca de su abuelo, el anticuario D. Joaquín Rubio, y la de D. Adolfo de Castro, eruditísimo bibliógrafo, editor de rarezas bibliográficas, que logró reunir una buena biblioteca, que, en su ancianidad, fue incorporando por lotes al Ayuntamiento gaditano para formar la Biblioteca Municipal.

Adolfo de Castro fue una personalidad muy compleja, de múltiples facetas, en aquella España decimonónica, donde no se podía ser indiferente en política. Pero, por debajo de su condición de gobernante, político, novelista, historiador, crítico literario, filósofo y periodista, latía el amor al libro, que le acompañó toda su vida compensándole muchas horas de ostracismo y silencio. Por eso, el gaditano ilustre que da nombre a la Cátedra Municipal de Cultura, puede ser presentado como ejemplo sobresaliente del erudito, bibliógrafo y bibliófilo gaditano, presidiendo la magna serie de los eruditos de Cádiz, que no pueden ser objeto de más largo comentario por ahora:

Vargas Ponce, Nicolás María de Cambiaso y Verdes, el Marqués de Ureña, Dionisio Pérez, los cronistas Casanova y Seraffín Pro, Alvaro Picardo, Miguel Martínez del Cerro, etc., etc.

Eruditos gaditanos y amantes de los libros buenos, en una ciudad donde el único libro para el que se tiene en Cádiz un amor interesado es el mayor de sus casas de comercio.

Cádiz no ha sido, en su historia, ciudad universitaria ni ha ejercido otras funciones que la de ciudad-puerto y la de armador de buques. El trato continuo del gaditano con las más variadas gentes que llegan a su puerto, o el conocimiento que le han proporcionado sus viajes por otras latitudes, le han servido para hacerlo abierto, comunicativo, liberal y, en definitiva, más culto.

Pero esta cultura está respaldada también por largas lecturas de libros y revistas inglesas, francesas, americanas, etc., que ha ido recogiendo a lo largo de su vida.

¡Qué maravillosa descripción del erudito gaditano la del anteriormente mencionado Alfonso de Arámburu!:

“Yo he ido a muchas de estas casas —nos dice—, en las que mora un señor respetable, ya maduro, que vive de sus rentas o de administraciones cómodas, seguras. Yo he entrado en su

entresuelo o en su despachito, en donde las paredes tienen un magnífico fondo: los libros. Libros en los estantes alineados sobre armarios, sobre las sillas, en los rincones. Muchos libros. Yo he ido a muchas de estas casas. He visto hombres ricos con espléndidas bibliotecas, ocho, diez, quince mil volúmenes encuadernados, seleccionados, bien conservados. Son estos hombres los que el pueblo llama eruditos. Hombres bien formados culturalmente, a los que consultamos, a los que vamos en busca de un libro, de un dato, de un consejo. Estos señores apartados, individuales, son los que llevan la vida intelectual de la ciudad. Podrán o no formar parte de los Ateneos, de las Academias, de las Comisiones, de los Jurados de concursos. Podrán ser hombres cenobitas, que salen poco, sin vida social, sin contacto, sin afán de publicar o de ir en busca del éxito. Sólo los encontramos de cuando en cuando en las librerías, en los anticuarios, en el rastro, a la caza de algo interesante para sus colecciones. Pues estos señores que parece que viven una vida reposada sin tener mucho que hacer, siempre los vemos ocupados entre montones de libros, de ficheros, de correspondencia. Cuando es necesario organizar algún acto cultural, escribir algún documento importante para la ciudad, hay que acudir a ellos como si allí se encontrara la fuente de donde emana la directriz organizadora y encauzadora.

"Pero junto a estos hombres, ¿qué ansias de cultura tiene el pueblo? Entráis en cualquiera de estas casas, de estos pisos modestos, en donde vive un empleado de Banco, un funcionario de Aduanas, de Correos, un dependiente, un agente comercial, os hará pasar a su despacho, un gabinete pequeño donde encontráis una mesa cuadrada con un hule negro en el centro y encima un cenicero, un pisapapeles y un tintero con roja pluma de ave. Por los lados, estanterías llenas de libros, bien colocados, muchos encuadernados, con buenas pastas. Sobre el enlosado blanquinegro, una pequeña alfombra se extenderá bajo la mesa. En el rincón habrá una repisa o una estantería con macetas y retratos familiares.

"Esta buena persona, modesta —yo conozco a muchas de ellas—, recibe revistas de música, arte o literatura, adquiere libros a plazos, presta o recibe de los amigos otros en intercambio. Le gusta leer, en suma. Yo he hablado con uno de estos hombres amables, sinceros y cultos. He gozado hablando con estos individuos afables, acogedores, de buen trato y conversación. Este hombre modesto muestra con orgullo sus libros. ¿Cuán-

tos hay en estos estantes barnizados, limpios, brillantes, sin pátina de polvo? ¿Trescientos, cuatrocientos, seiscientos? Yo he ojeado sus cantos. Están los clásicos. Hay también obras filosóficas, teológicas, científicas. ¿Por qué tiene una costosa edición de lujo del Quijote? Muchos libros, todos, reciben al apuntar el día la caricia de la limpieza, cuando la sirvienta pasa el paño de polvo sobre sus cantos y sus pastas. Todos están brillantes; los suyos, los que fueron de su padre o de su abuelo.

"Estas bibliotecas particulares de los ricos eruditos, y estas otras de la clase media, curiosa y con afán de saber, motivan la ausencia, en las corporaciones intelectuales, de la masa de lectores" (12).

En la mente de todos estará el recuerdo de un erudito e historiador gaditano, gran sabedor de libros y bibliófilo, que no he mencionado todavía y que, a propósito, he dejado para el final: D. Augusto Conte Lacave, maestro de historiadores gaditanos, siempre abierto, como un libro, para ofrecer a todos los que tuvimos la ventura de conocerle y tratarle en su casa de la Alameda de Apodaca, frente a la bahía de Cádiz, desde donde se divisan la entrada y salida de los buques para todos los puntos cardinales.

Fue mi maestro durante largas horas de conversación, desde mis años de colegial del Seminario de San Bartolomé, cuando trabajaba D. Augusto todavía a toda máquina, hasta sus últimos años, en que, en forzado reposo por sus achaques físicos, nunca dejó de interesarse por la novedad bibliográfica o el documento aparecido.

A él le debo mi segunda vocación, la de historiador, porque con su ejemplo y consejos me introdujo en el extraordinario y fascinante mundo de los libros de la Historia de Cádiz.

Cuando leía la descripción de las bibliotecas de los ricos eruditos gaditanos de Arámburu, el que conoció al maestro en su casa-museo-biblioteca habrá revivido la experiencia.

Miguel Martínez del Cerro nos dice en el prólogo a *En los días de Trafalgar* de nuestro maestro:

"Si eres de verdad aficionado a la historia, el arte, a la arqueología o simplemente a la lectura, puedo asegurarte que la casa de Augusto Conte es uno de los más deliciosos y anima-

(12) ARÁMBURU, ALFONSO DE: Op. cit., ibídem.

dos rincones creados por criatura humana. En realidad no es una casa, sino dos, porque los caudales del archivo y la biblioteca son tan extraordinarios, que nuestro autor se ha sentido en la necesidad de habilitar otra casa contigua a la suya para poder prolongarlos en ella. Y en esas dos casas surgen de todos los rincones, de todos los muros, de todas las ventanas, de los lugares más insospechados, obras de arte sorprendentes, objetos curiosos, notabilísimos recuerdos históricos, libros incontables, ficheros, grabados, autógrafos, todo cuanto pueda estimular nuestra curiosidad o provocar nuestro ensueño.

"No sé cuál será el número de volúmenes de su biblioteca. Pero si puedo decirte que es muy probablemente la más nutrida de las bibliotecas particulares de Andalucía y tal vez la más especializada, seleccionada y organizada" (13).

La triste experiencia de otras bibliotecas de eruditos gaditanos desaparecidos, emigradas y dispersas por libreros de antiguo de Madrid o Málaga, nos tenía preocupados a todos. ¿Qué ocurriría con la de D. Augusto, arsenal inagotable para la Historia de Cádiz y su provincia, reunida durante más de medio siglo con mucha ilusión y amor, esfuerzo y sacrificio?

Fue gratísima la noticia de que la Caja de Ahorros de Cádiz, que con timón seguro y firme dirige D. Fernando Portillo Scharfausen, la salvaba íntegra para la ciudad, poniéndola a disposición de los eruditos e investigadores.

"¿Qué pasa en Cádiz?", vuelven a preguntarse en toda España, como en los mejores tiempos. Se salvan los libros, adquieren nuevas instalaciones las bibliotecas y los archivos, nacen nuevas instituciones como el Instituto de Estudios Gaditanos de la Diputación y la Cátedra Municipal de cultura, que convocan premios y publican libros sobre temas gaditanos, los eruditos invierten sus ahorros imprimiendo sus trabajos, se buscan con afán y se gastan grandes sumas en libros raros sobre nuestra ciudad.

Se incrementa la cultura y, con ella, de seguro, Cádiz vuelve a ser, en virtud de la ley de los vasos comunicantes, la ciudad-puerto que fue en la antigüedad y en el siglo XVIII, cuando los barcos de los armadores y navieros gaditanos cruzaban todos los mares y recorrían las rutas del mundo.

(13) CONTE, AUGUSTO: *En los Días de Trafalgar*. Cádiz, Escelicer, 1955, p. VIII.

Así (estamos seguros) vuelve a encontrar su esencia espiritual el pueblo de Cádiz, el más culto de España y, desde luego, uno de los más eruditos y mejor formados intelectualmente en el mapa de Occidente, como señaló Alfonso de Arámburu.

Pablo ANTON SOLE,
Canónigo-archivero y Bibliotecario
del Seminario de Cádiz.